
El Desafío

1360

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8387

Título: El Desafío

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de agosto de 2024

Fecha de modificación: 1 de agosto de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

—¡Samuel Leví!

—¡Señor!

—Llenadme otra vez de doblas esta arqueta. He perdido todo.

—Si su señoría me permite —dijo Samuel Leví, tesorero mayor del reino, inclinándose delante del que le había dado la orden.

—Seguid jugando, caballeros; no levantarse; que la diversión no se interrumpa.

Y abandonando su sitio el que así hablaba, irguió su alto cuerpo, y al aproximarse a una ventana del alcázar de Sevilla, quedaron a plena luz el blanco rostro, el cabello rubio y la enérgica mirada del rey don Pedro de Castilla, que tendría a la sazón veinticinco o veintiséis años de edad.

—¿Qué ocurre, Samuel?

—Acaba de llegar de Alfaró vuestro ballestero de maza Álvar Martínez.

—¿Trae algo?

—Sí, señor; un saco y una carta.

—¡Juan Diente! —dijo el rey a un ballestero que guardaba la puerta—. Coloca frente a mi sitio el saco y los papeles que ha traído Álvar Martínez.

Y mientras el soldado cumplía su orden, el rey dijo al hebreo:

—Hermoso jacinto tiene vuestro broche; bien se ve que es legítimo.

—Es piedra de poco valor.

—Os la compro.

—De poco valor decía para el vulgo; yo no la cambiaría ni por una de esas espadas jinetas que mandasteis fabricar en Sevilla con puño de oro y piedras. Es un gran recuerdo de familia. Eso en cuanto a vender; pero si vuestra señoría gusta del jacinto, todo lo mío es de mi rey si lo quiere... de balde o a bajo precio.

—Sí; lo quiero.

—¿De balde o a trueque?

—Como restitución. No hagáis gestos, Leví; sois mi tesorero y alguna vez os habréis equivocado en contra mía. Vaya por el error —repuso el rey, colocándose en su sayo el broche del jacinto—. No lo tomo por su valor, sino porque esta piedra da buena suerte al que la lleva, según dijo mi tatarabuelo don Alfonso el Sabio. ¿Habríais llegado a tesorero del reino sin ese talisman? Veréis como ahora recobro en el juego lo perdido. Ya colocó Juan Diente el saco sobre la mesa: leamos esa carta.

Y volviéndose a sentar don Pedro de Castilla, desenrolló el pergamino escrito en clara letra gótica, frunció el ceño, y dominándose, dijo alegremente a los caballeros que jugaban:

—Señores, acabo de recibir un verdadero tesoro en este saco: vengan los cubiletes y los dados y aportad lo que gustéis.

—Cinco doblas; siete; veinte; ciento —dijeron por turno los que rodeaban la mesa.

—¿No apostáis vos, Pero Fernández? —añadió el rey,

dirigiéndose a un clérigo joven que miraba la diversión sin tomar parte en ella.

—Señor, no juego nunca por mi estado.

—Lo siento. ¿Quién sabe si os llevaríais el contenido de este saco? ¡Ah! Sabed que he recibido carta de vuestro tío Gutier Fernández de Toledo, en que me da algunos consejos.

—Agradezco a su señoría la noticia que me da de mi buen tío.

—Ya que no jugáis, haceos cargo de ese saco por si hay que pagar: ahí tenéis la llave; pero no abrid aún.

—Señor, tanta honra para mí, estando ahí vuestro tesorero —dijo el clérigo.

—Samuel no se enfada —respondió el rey—, y ahora está preocupado: tiene la tristeza de haber hecho un regalo. ¡Tirad la suerte!

—¡Siete!

—¡Yo diez! —repuso el rey—. He ganado: recoged el oro, Pero Fernández.

Y volvió a ganar don Pedro una, dos, y cuantas veces se jugaba.

—¿Es vuestro broche de jacinto? —dijo el rey volviéndose a Samuel.

—Así lo creo, señor —contestó aquél suspirando.

—¿No hay quien juegue ya? —preguntó don Pedro a los que formaban el corro—. Pues bien; Pero Fernández, abrid el saco para que vean todos lo que puede ganar el que se arriesga.

El clérigo abrió el estuche de cuero de Córdoba, y apartó la cara, mareado por el fuerte olor del contenido. Todos se levantaron, y el mismo rey palideció ligeramente. Había

quedado en descubierto una cabeza humana, conservada en sal y alcanfor, de lívido rostro, despeinada cabellera, barba crecida con los últimos jugos capilares y de aspecto amenazador.

—¿Le conocéis, Pero Fernández? —dijo el rey.

—Sí, le reconozco, señor —respondió el clérigo con voz trémula y doliente—. Es la noble y desfigurada cabeza de mi buen tío don Gutier Fernández de Toledo, vuestro repostero mayor, el que os defendió cuando erais niño y peleó por vos en Nájera. Su señoría ha perdido un fiel vasallo y yo mi protector...

Los sollozos le impidieron continuar.

—Señores —dijo el rey don Pedro—, ese fiel vasallo que hice decapitar en la frontera mantenía tratos con los rebeldes de Aragón; yo le subí y quiso estar más alto; sea. Juan Diente, clavad esa cabeza en la punta de una lanza y colocadla en lo más alto del alcázar con un letrado que diga: Por traidor.

Los ojos de la cabeza se abrieron, moviéronse los músculos del rostro, la boca se abrió y dijo:

—Mentís, don Pedro de Castilla, y lo sostendré esta noche delante del alcázar a caballo, con yelmo y con loriga, canilleras y quijotes, y lanza, y hacha, y maza, y espada castellana.

—Iré —dijo don Pedro—. Señores, retiraos. Juan Diente, sacad esa cabeza, y vos, Samuel, quedaos conmigo.

II

—¿Queréis, señor, que recoja el oro que habéis ganado?
—decía Samuel después de haber comentado aquel prodigio.

—¡Cómo! ¿Queréis más oro todavía?

Samuel quedó aterrado ante la fiera mirada del monarca.

—Escuchad —dijo éste—, soy aficionado a cazar aves con flechas y ballesta. Pero cuando quiero cobrar muchas, uso del halcón, y utilizo su instinto de rapiña para llenar de aves mi despensa. Por halcón humano os hice tesorero, y gracias a vos hay arcas reales.

—Puedo rendir cuentas ahora mismo.

—Lo creo; sois sutil en el arte de los números. Si dejásemos a los halcones en libertad, destruirían la casta de las aves, y por eso, cuando han servido, para que no puedan dañar los enjaulamos. ¿Entendéis?

—¡Señor! —dijo Samuel cayendo de rodillas.

—¡Cómo ha de ser, Samuel! Las aves se quejan y mis ciudades están llenas de plumas arrancadas. Todo ha terminado; habéis perdido el talismán de la riqueza, y yo lo tengo.

Y el rey le volvió la espalda sonriendo.

III

—¡Señor, señor, la cabeza ha vuelto a hablar! —dijo Juan Diente.

—Ponle una mordaza y enciérrala en el subterráneo. ¿Y el clérigo?

—Reza por su tío en la prisión.

—¿Y Samuel?

—Sigue callando.

—¿Han registrado bien su posada?

—Todo está en el guardajoyas. ¡Qué de doblas marroquíes y castellanas, qué de aljófara y balajes, qué paños de oro y qué collares! Pero no declara otros escondites.

—Que aprieten el tormento hasta que hable.

—¿Y la cabeza?

—Que siga con la mordaza hasta que calle.

IV

—¡Señor, señor! Samuel ha muerto en el tormento sin hablar. La cabeza, reducida a cenizas, ha callado.

—Bien: retírate, Juan Diente.

Y añadió el rey para sí cuando estuvo solo:

—No hay manera de hacer tapar en Castilla las bocas de los grandes. Ni de abrir la boca de un judío para que confiese su riqueza.

V

Se acercaba la media noche y el rey don Pedro, a caballo y armado, esperaba por la parte interior del alcázar, cuando se oyó galopar fuera.

—¡Señor! Ya está aquí.

—¿Qué ves, Juan Diente?

—Un caballero armado espera delante del alcázar.

—Abre la puerta.

—No salgáis, señor, que ese guerrero está descabezado y lleva el yelmo en un arzón.

—¿Descabezado, dices? Abre, Juan; y tú, clérigo amigo —dijo a Pero Fernández—, sal delante con el Cristo, que si es cosa de ánimas a ti te corresponde, y si es cosa de guerra a mí me atañe.

El asustado clérigo alzó la cruz y salió, temblando, del alcázar, pero cayó desmayado a los dos pasos o atropellado por el caballo de don Pedro, que salió diciendo a grandes voces:

—Aquí está el rey don Pedro de Castilla para responder a los retos de los vivos y los muertos.

La luna se ocultó en aquel momento y quedó envuelto en las tinieblas, y ni pudo ver ni escuchó nada. Después volvió a alumbrar la luna y a ocultarse. Y don Pedro de Castilla, las armas dispuestas y tranquilo el corazón, pasó la noche rondando solo por delante del alcázar.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.